





Delia del Carril:
presencias y recuerdos

Uno de sus caballos:
codos y rodillas

Vivir es tirarse al agua

A los 104 años
muere Delia del
Carril, la
inolvidable
“Hormigueta” de
Pablo Neruda

Había muerto de otra muerte hacía tiempo. A los 104 años, Delia del Carril, la incomparable *Hormigueta*, más que vivir sobrevivía. Ida, perdida de sus presencias y recuerdos, daba la impresión de esperar ese momento que por fin llegó en uno de los escasos días de lluvia de este invierno sin sabor.

Siempre le gustó hablar de sus recuerdos. Tuvo tantos.

Nació argentina, en el siglo pasado. “Éramos trece”, le contó una vez a HOY. “Una familia muy numerosa incluso en esa época”. Si llegaban a Francia, “aparecíamos en el periódico como una rareza”. Y no llegaban sólo los trece: venían también institutrices y niñas. Incluso “nos traían una vaca en el barco, para que no nos faltara la leche”.

Desde niña, Delia pintaba monos. Llenaba de ellos sus cuadernos. En Pa-



Con Neruda
y Gabriela Mistral: en 1945

ris, un pintor grande —André Lhotec— fue maestro suyo, años después.

Vino Madrid. Vino la época de la guerra civil española. Vino su amistad con otros grandes, ahora de la poesía y del idioma: Federico García Lorca, Antonio Machado, Rafael Alberti, Miguel Hernández. Y entre ellos, un joven poeta chileno: Nefthali Reyes, que firmaba Pablo Neruda.

Vino el amor, entonces.

—Un día, sentada en el Café de Correos, lo veo llegar —contó más tarde—. No sé por qué fue hasta allí. Sólo recuerdo la alegría con que lo recibí el grupo y su gesto al ir directamente a mí, lado y ponerme la mano sobre el brazo.

“Estábamos todos juntos”

Neruda era unos 20 años menor que Delia: los mismos 20 que iba a dar al matrimonio de ambos.

—Veía en él a un hombre vulnerable, débil. Era tan sensible, que no podía atravesar la calle sin colgarse de mi brazo. Se asustaba de los tranvías, del ruido de los coches.

Y quizá de las bombas, de los cañones, de los tiroteos que perforaban día y

noche la existencia en ese Madrid sitiado, herido, heroico.

Neruda iba a defender a muchos españoles, ayudando a armarlos en la Embajada chilena. Éramos de veras “asido contra la opresión” entonces. “Fue mucha la lucha, nadie lo entendía. Sólo ahora saben su valor y se lo dicen”, comentó la *Hormigueta*. *Hormigueta* fue el apodo que ella misma se ganó en aquellos días madrileños: por su minuciosidad implacable al corregir las pruebas de lo que escribía el esposo, y por su minúscula estatura.

—Había secretarios, sin duda, pero la verdadera secretaria era yo.

Por esos años, Madrid era una fiesta, a pesar de los pesares. A García Lorca y Miguel Hernández se unieron varios chilenos: el músico Acario Cotapos, el pintor Isaias Cáberón. Hacían tertulias y armaban unas chachotas espantosas imitando confesiones de brutas, circo, discursos pomposos. Hasta que protestaban los vecinos y había que cambiarse de casa.

—Estábamos todos juntos. Acompañaba a mucha gente al frente. Estuve hasta que se perdió la guerra.

HOY N° 828 DEL 31 DE JUNIO AL 6 DE AGOSTO DE 1988

Vivir es tirarse al agua [artículo] G. B.

Libros y documentos

AUTORÍA

G. B.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Vivir es tirarse al agua [artículo] G. B. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile